

30 - ABRIL - 1990

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Día del niño

Angeles de la calle

No es un problema nuevo. Ya hace décadas había ganado carta de naturalización en la literatura, así la de calidad (*Capitanes de arena*, de Jorge Amado), como la de consumo (*Angeles de la calle*, que hizo llorar a los primeros televidentes mexicanos en los cincuenta). Pero hoy se ha recrudecido: cien millones de niños viven a la intemperie física y social, familiar y espiritual. Como *Paquito*, el melodramático personaje de Salvador Díaz Mirón, viven

desprovistos de ternura y de auxilios materiales. Tenerlos presentes hoy, Día del Niño, es lo menos que podemos hacer. Pero naturalmente sería erróneo quedarnos sólo en la evocación, sin pasar a las acciones que es imperioso tomar.

En Buenos Aires, la semana pasada, se efectuó una reunión de la que pueden partir ideas que puestas en práctica se traduzcan en esas acciones que es imperioso emprender. Fue el Primer Encuentro de Niños Callejeros, que congregó a un centenar de muchachos en esa condición, procedentes de 17 países, dos más de los atendidos por una benemérita institución privada sueca, la Fundación Radda Barnem, cuya traducción es todo un exhorto: Salvemos a los niños.

Durante ese encuentro los muchachos tomaron la palabra para narrar la terrible

realidad a la que se enfrentan cotidianamente, no para sobrevivir ganando el sustento, sino para impedir que la explotación y la adicción a toda suerte de vicios, y los riesgos de toda clase de enfermedades, los corroan. No sólo se oyeron mutuamente, sino que también fueron escuchados por especialistas en el problema, entre los que destaca Andrea Guadalupe Bárcena, una educadora y psicóloga mexicana que ha emprendido, en nuestro medio, una verdadera cruzada por generar atención en torno de este problema crucial. Si no lo resolvemos y, más todavía, si ni siquiera reparamos en él, quedará en entredicho nuestra condición humana, nuestra posibilidad de entendernos como seres sensibles.

Son muchas las causas que empujan a los niños a la calle. El hambre, el hacinamiento, la desintegración familiar, la violencia doméstica son algunas de esas

razones. Se requiere, por lo tanto, para abordar el asunto a fondo, ir a sus raíces, combatir las y extirparlas. Pero como se trata de un problema de una magnitud tan enorme que puede ser abrumadora, su propia dimensión puede convertirse en coartada para evitarnos cualquier acción. Por ello, sin perjuicio de ese abordamiento radical, también es necesario enfrentar los síntomas más evidentes.

En casi todos los países de América Latina, y México no es hoy una excepción, los fondos públicos destinados a la asistencia social han sufrido recortes severos. La pobreza gubernamental y las tesis sobre el privatismo han servido para que los presupuestos oficiales en esta materia decaigan sin remedio. Es inútil, entonces, invocar la magnanimidad del gobierno para dar la cara a los problemas de los niños callejeros. Por añadidura, las oficinas burocráticas tienen la tenta-

ción de emprender sólo programas luciferos, vistosos, que den cuenta de la eficacia de los funcionarios, aunque los destinatarios del servicio no sean tomados en cuenta. No hay que relevar al gobierno de sus deberes. Pero seamos realistas. La solución a los problemas de los niños callejeros sólo puede venir de la sociedad y de los niños mismos.

En el encuentro de Buenos Aires, por ejemplo, se planteó la idea de organizar cooperativas, que organicen el trabajo que ya de todas maneras realizan los muchachos en la calle, pero con mayores beneficios para ellos. Habrá sin duda otras iniciativas pues lo que menos falta es imaginación para idear soluciones a problemas de este género. A ella, a la imaginación, habrá que sumar la constancia y el denudedo prácticos, que contribuyan a dar eficacia a la solidaridad que de todos necesitan los ángeles de la calle.